

Don Ramón en el aula

Don Ramón in the classroom

CARLOS BALIÑAS

Catedrático jubilado

Universidade de Santiago de Compostela

Facultade de Filosofía

cbalinas@yahoo.es

Recibido: 3/7/2017. Aceptado: 5/7/2017

Cómo citar: Baliñas Fernández, C. (2017). Don Ramón en el aula *Nudos 2(1)*, pp. 3-7

DOI: <https://doi.org/10.24197/nrtstdl.2.2017.3-7>

Resumen: En este artículo, el autor expone sus impresiones personales sobre Ramón Otero Pedrayo como profesor. Este texto incluye también el recuerdo del firmante de este artículo, quien fue discípulo de Don Ramón.

Palabras clave: Otero Pedrayo, profesor, recuerdo, vida.

Abstract: In this article, the author exposes his personal impressions about Ramón Otero Pedrayo as teacher. This text includes also the remembrance of the signer of this paper who has been a disciple of Don Ramón.

Key words: Otero Pedrayo, professor, memory, life.

1.- INTRODUCCIÓN

Hay lugares marcados que nos impresionan y que nos hacen adoptar actitudes de recogimiento y respeto: una iglesia, un tribunal, un monumento que nos afecta, el sitio donde vimos por última vez a una persona querida. Son lugares nimbados por un “aquel” de seriedad y relevancia. Para Otero Pedrayo, el aula fue uno de esos lugares marcados.

Una experiencia inolvidable para todo niño es la que tuvo al penetrar por primera vez en un aula, porque a partir de entonces dejó de estar encerrado en la intimidad del hogar para entrar de algún modo en lo público y hasta cierto punto hacerse, él mismo, público. Además allí recibiría informaciones y noticias que le probaban que el mundo era todavía mucho más admirable de lo que creía.

Don Ramón descubrió el aula en el Instituto de Enseñanza Media de Ourense, donde cursó el bachillerato entre los años 1898-1904. La expansión de la Segunda Enseñanza en la segunda parte del siglo XX determinó que en la construcción de edificios escolares se prefiriese la cabida a la estética. Pero en aquellos tiempos el Instituto era institución importante en las capitales de provincia y se pensaba que también sus sedes debían tener empaque y solemnidad arquitectónicas. El propio edificio debía enseñar respeto a la cultura.

El “Instituto General y Técnico”, que era como entonces se llamaban, de Ourense tenía empaque. Al niño le intrigaba especialmente una puerta que daba a un jardín hoy público, porque sobre ella había un cartel donde un catedrático de Ciencias Naturales, un poco megalómano y retórico además, había mandado poner este texto. “Jardín didascálico y eólico”. Didascálico porque servía para enseñar botánica y eólico porque allí había un anemómetro.

En aquel ambiente ceremonioso y distante, el joven Otero se sentiría personalmente impresionado por un profesor. Me refiero a Eduardo López Moreno. A lo mejor imitando a la Institución Libre de Enseñanza, aquel profesor de Geografía llevaba a sus alumnos de excursión por el campo para que se encontrasen con la naturaleza de

Don Ramón en el aula

modo ilustrado. ¿Saldría de ahí el entusiasmo de Otero por la Geografía y, en particular, por el paisaje?

Del 30 de abril al 4 de junio de 1904, Otero va a hacer en Santiago el llamado “Curso de ampliación”, preparatorio para matricularse en las carreras de Derecho y de Filosofía y Letras. Nuevas aulas: ahora las de la actual Facultad de Geografía e Historia. Buscando su aula el primer día de clase, el novato abre una puerta y encuentra que un profesor de filosofía les estaba exponiendo a sus alumnos las reglas del silogismo y, al recordarlo muchos más tarde, añadirá con sorna: “y nadie le creía”.

Un profesor sonado en aquellos días era Armando Cotarelo, sonado por escribir en gallego, pero también porque iba a impartir clase en velocípedo, que era como llamaban algunos a la bicicleta. Le oí contar a Don Ramón que en velocípedo llegó al Casino de Pontevedra para pronunciar una conferencia, con la mala suerte de que no frenó a tiempo y se estrelló contra la escalinata del edificio.

Por entonces aún no había en Santiago la Facultad de Filosofía y Letras (sería creada en 1927 o 28), que él llamaba “La Facultad de la borla azul” y añadía burlonamente, “y de los trajes vueltos del revés y de los vagones de tercera, conforme a aquellos versos del profesor y poeta Antonio Machado: “Recorrí España entera /en un mal vagón de tercera”. Tenía que elegir entre Salamanca o Madrid y se decantaría por Madrid. Como tantos hicieron antes y desde entonces, cursaría Filosofía y Letras por vocación y Derecho por “bocación” entre los años 1905 y 1911. Fuera del primer año de carrera que cursó por oficial, nuestro hombre se matriculaba por libre y se iba a la capital en enero, después de haber ayudado a la madre en la administración de la finca de Trasalba en las tareas agrícolas de otoño. Al joven Otero que, por entonces, era un “señorito” un tanto escéptico y desdeñoso, sus profesores de Madrid le parecieron eruditos sin alma, un poco estafalarios, que gozaban exhibiendo sus manías y asustando a los alumnos con la “horcas caudinas” del examen y del suspenso.

En 1919 gana las oposiciones a catedrático de Instituto y a partir de entonces va a ver el aula desde el estrado y a disponer de tribuna y de oyentes seguros. Desde Burgos, primera plaza, pasa por traslado a Santander y acaba en Ourense el 1 de octubre de 1921 por permuta con Don Vicente Serrano Puente, que se jubiló como catedrático del Instituto

Padre Isla de León (Me contó que para vender mejor su manual de la asignatura firmaba Brücke). Ahora es él quien administra las lecciones y los tiempos. Igual que había sido mejor estudioso que estudiante, sería mejor maestro que profesor. No se interesaba especialmente por métodos, programas y “diseños curriculares”. Él le daba vida a la palabra, gracias a su buen hablar y al entusiasmo con que lo hacía.

Un día triste tuvo que ser para él, el 21 de agosto de 1937 porque en esa fecha fue cesado como catedrático por resolución de la Junta Técnica del Estado, sancionado por su actividad de miembro del Partido Galeguista durante los años de la República. Vino a sustituirle desde la Coruña Don Gonzalo Valentí, futuro catedrático del Instituto Padre Isla de León, quien me refirió que la respuesta de Don Ramón al comunicárselo fue ¡invitarle a comer con él! Doce años tendrán que pasar (hasta 1948) para que se le abran de nuevo las aulas del Instituto de Ourense. Podemos imaginar la emoción que sentiría al tener otra vez púlpito después de tantos años callado. El 1 de abril de 1950 gana en Madrid la oposición a la plaza de catedrático de Geografía en la Universidad de Santiago. Da la última lección en Ourense el 28 de mayo y la primera en Santiago el 16 de octubre.

El mayor nivel de los alumnos le permiten ahora hacer de las clases conferencias, piezas oratorias de buena retórica, “lecciones magistrales”. Tanto le gustaba impartir clase que su esposa contaba que el día que le tocaba clase, ya se afeitaba cantando. No será el erudito seco, ni tampoco el retórico hueco. Sus palabras rezumarán saber, pero no el saber del especialista, sino el de la persona culta que se goza en la cultura. No enseñaba la asignatura; enseñaba cultura.

Era hermoso ver a un profesor de Geografía de España que llegaba al aula y preguntaba ¿Dónde habíamos quedado? y cuando un alumno le respondía, por ejemplo, que en Asturias, volvía a preguntar muy señor: ¿en cuál de las dos: en la de Oviedo o en la de Santillana? Uno aprendía que también había la Asturias de Santillana del Mar, de la que no había oído hablar a nadie. Y, sin requerir siquiera un mapa, el profesor se ponía a describir el paisaje, recordar las huellas dejadas por la historia, citar versos de poetas, contar el descubrimiento de Marcelino de Sautuola. Era como si en aquel momento las dos Asturias compareciesen delante de nosotros para ser sometidas examen e inspección ocular.

Don Ramón en el aula

La tristeza de la última lección el 5 de marzo de 1958 la atenuó la satisfacción de pronunciarla en gallego y en el Aula Magna de la Universidad, hoy de la Facultad de Geografía e Historia: Versó sobre “Unha visión xeral de Galicia”

Moriría el 10 de abril de 1976. Poco antes, en el mes de noviembre de 1975, sus antiguos alumnos del Instituto de Ourense le rindieron un homenaje. Fue la última vez que habló en aula de su querido Instituto, que ahora lleva su nombre. Con ello se cerraba un círculo: había entrado en aquel Instituto casi ochenta años antes¹.

¹ Nota del editor: El presente trabajo se ha desarrollado, en parte, gracias al uso de las obras R. Otero Pedrayo: *Lembranzas do meu vivir*, Galaxia, Vigo; Patricia Arias Chachero e Afonso Vazquez Monxardín: *Ramón Otero Pedrayo. Unha fotobiografía*. Vigo Galaxia, 2014. Informaciones orales.